

La gloria de Dios regresa al templo

EL REGRESO DE LA GLORIA DE DIOS AL TEMPLO (43.1–12)

La más grande tragedia que se narra en el libro de Ezequiel fue que el Señor salió del templo (10.18–19; 11.22–23). Diecinueve años después, Ezequiel recibió un mensaje que los exiliados anhelaban oír: ¡El Señor iba a volver! Del mismo modo que ocurrió con el templo construido por Salomón, Dios consagraría el nuevo templo y lo haría el lugar de Su santa morada. La visión que tuvo Ezequiel, de este templo, fue descrita meticulosamente en los capítulos 40 al 42.

La gloria de Jehová viene al templo (43.1–5)

¹Me llevó luego a la puerta, a la puerta que mira hacia el oriente; ²y he aquí la gloria del Dios de Israel, que venía del oriente; y su sonido era como el sonido de muchas aguas, y la tierra resplandecía a causa de su gloria. ³Y el aspecto de lo que vi era como una visión, como aquella visión que vi cuando vine para destruir la ciudad; y las visiones eran como la visión que vi junto al río Quebar; y me postré sobre mi rostro. ⁴Y la gloria de Jehová entró en la casa por la vía de la puerta que daba al oriente. ⁵Y me alzó el Espíritu y me llevó al atrio interior; y he aquí que la gloria de Jehová llenó la casa.

Versículo 1. Ezequiel salió por la puerta de oriente del cuadrado del templo y se trasladó hacia la puerta de oriente principal. (Vea «El complejo del templo en la visión de Ezequiel», en la página 9.) Aquí él presenció uno de los más significativos eventos de su ministerio.

Versículo 2. Cuando Ezequiel miraba hacia la puerta de oriente, él vio la gloria del Dios de Israel

que venía hacia él. Dios había salido en esa dirección (11.23); y ahora, era de esa misma dirección que Él volvía. Ezequiel oyó un **sonido** estruendoso, como una voz con la que Dios anunciaba una gloriosa victoria. El regreso del Señor hizo resplandecer la tierra **a causa de su gloria** (Deuteronomio 33.2; Isaías 60.1–3; Habacuc 3.3–4).

Versículo 3. Lo que Ezequiel vio fue como la visión que recibió junto al río Quebar en el capítulo 1. El profeta recordó a sus lectores que en realidad no fueron los babilonios los que destruyeron la ciudad. Antes, dijo que fue Dios quien [vino] **para destruir la ciudad** (vea 9.1–11). Aunque ya había visto todo esto anteriormente, Ezequiel tuvo la misma reacción que se describió anteriormente: se postró sobre su rostro. El asombro que le produjo ver la grandeza de Dios todavía tuvo un tremendo impacto en este humilde siervo.

Versículo 4. Como hizo cuando Salomón le dedicó el primer templo, Dios demostró Su aprobación del nuevo templo por medio de [entrar] **en la casa** (vea 1° Reyes 8.10–11; 2° Crónicas 5.14). La entrada al templo miraba hacia el oriente, de modo que la gloria de Dios venía de esa dirección. Debió de haber pasado por la puerta exterior y por la entrada de oriente hacia el templo, entrando directamente en el santuario.

Versículo 5. Ezequiel, que estaba fuera del templo propiamente dicho (en el atrio exterior), fue llevado **al atrio interior**. Esto le permitió tener una clara vista de **la gloria de Jehová [que] llenó la casa**. Si Dios no hubiera considerado santo este lugar, Él no habría habitado en este.

El Señor habla dentro de Su templo (43.6–12)

⁶Y oí uno que me hablaba desde la casa; y un

varón estaba junto a mí, ⁷y me dijo: Hijo de hombre, este es el lugar de mi trono, el lugar donde posaré las plantas de mis pies, en el cual habitaré entre los hijos de Israel para siempre; y nunca más profanará la casa de Israel mi santo nombre, ni ellos ni sus reyes, con sus fornicaciones, ni con los cuerpos muertos de sus reyes en sus lugares altos. ⁸Porque poniendo ellos su umbral junto a mi umbral, y su contrafuerte junto a mi contrafuerte, mediando sólo una pared entre mí y ellos, han contaminado mi santo nombre con sus abominaciones que hicieron; por tanto, los consumí en mi furor. ⁹Ahora arrojarán lejos de mí sus fornicaciones, y los cuerpos muertos de sus reyes, y habitaré en medio de ellos para siempre. ¹⁰Tú, hijo de hombre, muestra a la casa de Israel esta casa, y avergüéncense de sus pecados; y midan el diseño de ella. ¹¹Y si se avergonzaren de todo lo que han hecho, hazles entender el diseño de la casa, su disposición, sus salidas y sus entradas, y todas sus formas, y todas sus descripciones, y todas sus configuraciones, y todas sus leyes; y descríbelo delante de sus ojos, para que guarden toda su forma y todas sus reglas, y las pongan por obra. ¹²Esta es la ley de la casa: Sobre la cumbre del monte, el recinto entero, todo en derredor, será santísimo. He aquí que esta es la ley de la casa.

Versículo 6. Cuando Ezequiel dijo que [oyó] uno que [le] hablaba desde la casa, no podía haberse estado refiriendo al mensajero que estaba junto a él. El Señor mismo debió de haber estado hablando.

Versículo 7. Dios volvió a la terminología conocida de la expresión **Hijo de hombre**. Él hizo algunas aseveraciones clave relacionadas con este nuevo templo. Esto fue lo primero que dijo: «... **este es el lugar de mi trono**». Esta terminología poco usual del hebreo recalca la palabra «lugar». El Señor reinaría desde ese lugar. Su «trono», el que Ezequiel había visto en el capítulo 1, ahora tendría su sede aquí. S. Fisch escribió:

En contraste con el templo anterior, que solo era *estrado de los pies* de Dios, al estar Su trono en el cielo (Isaías lx. 13; Salmos cxxxii. 7; Lamentaciones ii. 1; 1^o Crónicas xxviii. 2), el nuevo templo se convertirá en la morada en sentido completo de la Divina Presencia, indicado por la combinación de *trono* y *plantas de [Sus] pies*.¹

¹ S. Fisch, *Ezekiel: Hebrew Text and English Translation with an Introduction and Commentary (Ezequiel: Texto hebreo y traducción al inglés con introducción y comentario)*, Soncino Books of the Bible (London: Soncino Press, 1950), 294.

El concepto de que el templo es el trono de Dios se repite en otro pasaje (Jeremías 3.17; 17.12).

En segundo lugar, Él dijo: «... este es el **lugar donde posaré las plantas de mis pies**», que es terminología para hablar de una habitación permanente (vea Salmos 99.5; 132.7). No obstante, como se le mostraría a Ezequiel, Dios no está atado a ningún lugar geográfico (vea Isaías 66.1–2).

En tercer lugar, Dios declaró: «... **habitaré entre los hijos de Israel para siempre**». El pueblo redimido disfrutaría de la presencia de Dios para siempre. Esto solo podía referirse a los que habían sido purificados y santificados por el Señor.

En vista de que Dios había vuelto al templo, ahora Él haría ciertas demandas de **la casa de Israel**. No debían volver su mirada a las antiguas costumbres. Dios dijo que no debían **nunca más** profanar [su] **santo nombre**. Habían hecho esto frecuentemente, al adorar a otros dioses, al mostrar su falta de fe en el Señor, cuando hicieron alianzas extranjeras. Todo el pueblo era culpable de estos pecados, desde **sus reyes** hasta los pobres. Eran culpables de **fornicaciones** (ir tras ídolos paganos y practicar la prostitución sagrada que era parte de los ritos paganos). Habían contaminado la tierra **con los cuerpos muertos de sus reyes**. Aparentemente, estos reyes habían sido enterrados en áreas sagradas, demasiado cerca del templo. John B. Taylor dijo:

Sabemos, por lo que dicen los libros de Reyes, que catorce reyes de Judá fueron sepultados «en la ciudad de David», *i.e.* donde estaban el templo y el palacio real, y parece como si la falla residía en la falta de alguna clara línea de demarcación entre lo que era sagrado (el templo propiamente dicho) y lo que era profano (el palacio y cualesquiera sepulcros relacionados con él). Esta separación era el gran clamor de Ezequiel, como ya hemos observado.²

Versículo 8. Los edificios de palacio o los lugares de sepulcro de los reyes, habían sido puestos demasiado cerca del **umbral** del Señor y junto a Su **contrafuerte**. Era necesaria una clara separación, aun en los mismos edificios. El templo de Salomón no tenía pared que separara el atrio exterior, del templo. El templo de Ezequiel resolvió ese problema.

Versículo 9. Dios prometió morar con Su pueblo **para siempre**, pero esta promesa fue hecha con la

² John B. Taylor, *Ezekiel: An Introduction and Commentary (Ezequiel: Introducción y comentario)*, Tyndale Old Testament Commentaries (Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press, 1969), 265–66.

condición de que corrigieran los dos pecados mencionados: 1) Debían [arrojar] **lejos de [sí] sus fornicaciones** (vea 1º Reyes 14.24), y 2) debían reubicar los lugares de sepultura **de sus reyes** (vea 2º Reyes 21.18, 26). ¿Y qué si ellos no acertaban a rectificar estos dos pecados? La respuesta es clara: Dios no moraría con ellos para siempre, ni siquiera un momento. Estos textos demuestran la idea de promesas *condicionadas*. Dios jamás prometió morar con personas sin importar el estado espiritual de ellas. Su presencia siempre está condicionada por la fidelidad de ellas.

Versículo 10. En los versículos 10 al 12, Dios claramente expresó el propósito de la totalidad de la visión del templo. Ezequiel había de mostrar (declarar en su totalidad) **esta casa** (esto es, el templo, la casa del Señor) **a la casa de Israel**. Había dos propósitos para hacer esto.

1) Que se avergonzaran **de sus pecados**. ¿Qué tenía el templo que evocaba vergüenza? En primer lugar, demostraba la santidad de Dios en contraste con la pecaminosidad de la humanidad. El pueblo no había acertado a hacer distinción entre lo santo y lo profano (vea 22.26). En segundo lugar, al ver la compasión de Dios para con ellos, a pesar de su pecaminoso pasado, ellos se llenarían de vergüenza. En tercer lugar, ellos verían la absoluta perfección de los edificios y se les recordaría de su propia indignidad, aun para tener tal lugar.

2) Hacerles **entender el diseño de la casa**. El pueblo necesitaba observar la forma como Dios deseaba que fueran las cosas (en contraste con la forma como el templo había sido contaminado en el capítulo 8). Todas las especificaciones de Dios han de ser honradas (aunque las especificaciones para este templo no pudieran honrarse literalmente). Los capítulos 40 al 42 describen cómo el lugar santísimo estaba separado por numerosas paredes y puertas, recalando la separación que debía mantenerse entre un pueblo no santo y el Dios santo de ellos. Esta es la razón por que se dan tantos detalles. Sin estos, nosotros mismos no podríamos haber «[entendido] **el diseño**» ni ver cómo se hacía esta separación.

Versículo 11. Dios dijo que **si** el pueblo se avergonzaba, entonces Ezequiel podía continuar con más detalles. Era posible que a los israelitas endurecidos de corazón ya no les importaba. Tal vez, estar en el exilio les había amargado tanto contra Dios que ya no estaban interesados en oír de Él ni de Sus profetas. No obstante, «**si**» ellos oían y se avergonzaban, entonces había esperanza. La vergüenza de ellos podía llevarles a un verdadero arrepentimiento. Solo cuando se volvieran a oír la

ley de Dios, podían ellos apreciar los diversos aspectos del nuevo templo, incluyendo **todas sus leyes**. La estructura misma del templo ilustraba la existencia de leyes, leyes sobre dónde podía y dónde no podía ir el pueblo; leyes sobre dónde podían y dónde no podían ir los sacerdotes; leyes sobre cuándo, dónde y cómo ofrecer sacrificios. Dios deseaba que ellos guardaran **toda su forma y todas sus reglas**. No había nada, esta vez, que se hubiera de desatender ni de descuidar. Dios exigía y esperaba obediencia total. Es triste que muchos hoy buscan identificar los «mandamientos más importantes» a expensas de descuidar los menos importantes.

Versículo 12. Dios declaró que esta había de ser **la ley de la casa**. Había de respetarse la ley predominante, que era mantenerlo **santísimo**. Esto se ilustraba además por el hecho de que el templo estaba construido sobre un **monte** muy alto (vea 40.2). Esta ubicación lo habría separado automáticamente del pueblo en vista de que la ciudad misma no estaba sobre el monte (45.1–6).

EL ALTAR DE LOS HOLOCAUSTOS (43.13–27)

La descripción y las medidas del altar (43.13–17)

¹³Estas son las medidas del altar por codos (el codo de a codo y palmo menor). La base, de un codo, y de un codo el ancho; y su remate por su borde alrededor, de un palmo. Este será el zócalo del altar. ¹⁴Y desde la base, sobre el suelo, hasta el lugar de abajo, dos codos, y la anchura de un codo; y desde la cornisa menor hasta la cornisa mayor, cuatro codos, y el ancho de un codo. ¹⁵El altar era de cuatro codos, y encima del altar había cuatro cuernos. ¹⁶Y el altar tenía doce codos de largo, y doce de ancho, cuadrado a sus cuatro lados. ¹⁷El descanso era de catorce codos de longitud y catorce de anchura en sus cuatro lados, y de medio codo el borde alrededor; y la base de un codo por todos lados; y sus gradas estaban al oriente.

Versículo 13. El altar se mencionó anteriormente, en 40.47. Estaba ubicado en el centro geométrico del área del templo. Este altar, según la medida del codo largo (**el codo de a codo y palmo menor**), mediría unos cincuenta y dos centímetros de longitud, en contraste con los cuarenta y dos centímetros aproximados de longitud si la medida original se hubiera dado en codos estándar. La longitud exacta, no obstante, se desconoce.

Versículos 14–17. El altar estaba construido sobre un fundamento que estaba incrustado en la tierra y se elevaba en tres capas (vers.º 14). La capa de abajo, o lugar de abajo, era de dieciséis codos en cuadro. La segunda capa era de catorce codos de largo, y la capa de arriba era de doce codos de largo. No obstante, la primera capa (llamada **el lugar de abajo**) era más delgada que las demás, al ser de un grosor de dos codos. La capa que seguía era de cuatro codos, y la capa de arriba era también de cuatro codos (vers.º 15). Así, la altura total del altar era de diez codos (la capa inferior de 2, más la capa de en medio de 4, más la capa superior de 4, sumaba un total de 10 codos). Un sacerdote habría construido un tramo de escaleras que llevaba **al oriente** (vers.º 17), ascendiendo al tope del altar, a más de cinco metros de altura. Había **cuatro cuernos** que se proyectaban hacia arriba (vers.º 15), uno en cada esquina, de un codo de alto cada uno. Los cuernos, que componían el tope mismo del altar, eran representativos de la potestad para perdonar pecados. (Por supuesto, en el Nuevo Testamento, entendemos que esta potestad de perdón en realidad vino por la sangre de Cristo; vea Hebreos 10.4.) La sangre sacrificial se untaba en estos cuernos (Éxodo 29.12; Levítico 4.7; Ezequiel 43.20). El pueblo creía que aquel que se agarrara de estos cuernos no debía ser muerto (vea 1º Reyes 1.50–53; 2.28–34).

El altar daba hacia el «oriente» (vers.º 17). De modo que quien entrara por la puerta principal de oriente, al entrar por la puerta del templo, daría de inmediato con el altar. Le separaría del santuario. Uno no podía pasar a la presencia de Dios sino hasta que sus pecados hubieran sido expiados al altar del sacrificio. Del mismo modo, no podemos acercarnos a Dios excepto por la sangre de Cristo (Hebreos 4.16; 10.19).

La apariencia general del altar era como un zigurat babilónico, que se elevaba a modo de pirámide, cuyas capas sucesivas eran de tamaño menor y suficiente para dejar una cornisa a su alrededor.

Los estatutos relacionados con el altar (43.18–27)

18Y me dijo: Hijo de hombre, así ha dicho Jehová el Señor: Estas son las ordenanzas del altar el día en que sea hecho, para ofrecer holocausto sobre él y para esparcir sobre él sangre. **19A los sacerdotes levitas que son del linaje de Sadoc, que se acerquen a mí, dice Jehová el Señor, para ministrar ante mí, darás un becerro de la vacada para expiación.** **20Y tomarás de su sangre, y pondrás en los cuatro cuernos del altar, y en las cuatro**

esquinas del descanso, y en el borde alrededor; así lo limpiarás y purificarás. **21Tomarás luego el becerro de la expiación, y lo quemarás conforme a la ley de la casa, fuera del santuario.** **22Al segundo día ofrecerás un macho cabrío sin defecto, para expiación; y purificarán el altar como lo purificaron con el becerro.** **23Cuando acabes de expiar, ofrecerás un becerro de la vacada sin defecto, y un carnero sin tacha de la manada;** **24y los ofrecerás delante de Jehová, y los sacerdotes echarán sal sobre ellos, y los ofrecerán en holocausto a Jehová.** **25Por siete días sacrificarán un macho cabrío cada día en expiación; asimismo sacrificarán el becerro de la vacada y un carnero sin tacha del rebaño.** **26Por siete días harán expiación por el altar, y lo limpiarán, y así lo consagrarán.** **27Y acabados estos días, del octavo día en adelante, los sacerdotes sacrificarán sobre el altar vuestros holocaustos y vuestras ofrendas de paz; y me seréis aceptos, dice Jehová el Señor.**

Versículo 18. El altar venía con cierto número de regulaciones u **ordenanzas**. Sin la observancia de estos estatutos divinos, los sacrificios serían inútiles. Los sacerdotes tenían dos deberes relacionados con el altar: **ofrecer holocausto sobre él y [...] esparcir sobre él sangre.**

Versículo 19. No a todos los sacerdotes se les permitió ministrar al altar, sino solamente a **los sacerdotes levitas [...] del linaje de Sadoc** (vea 40.46; 44.15–16). Sadoc, descendiente de Finees, fue el primer sumo sacerdote del tiempo de Salomón. A él se le dio el pacto de un sacerdocio perpetuo (Números 25.13; 1º Reyes 2.35). A los sacerdotes de otras familias no se les permitió servir debido a prácticas idólatras pasadas (44.10). Se les relegó a labores de baja categoría en los alrededores del templo.

Versículos 20–22. El primer punto de agenda era que los hijos de Sadoc purificaran e hicieran **expiación** del altar en sí (vers.º 20). Los restos del **becerro** de la **expiación** habían de ser quemados totalmente fuera del complejo del templo (vers.º 21). **Al segundo día** había de ofrecerse **un macho cabrío sin defecto, para expiación** (vers.º 22). Esta práctica era única, al no haber sido mencionada en la ley de sacrificios. Los mismos procedimientos seguidos al sacrificar el becerro, habían de seguirse con el macho cabrío. Una vez hecho esto, los sacerdotes habían de «purificar» el altar y prepararlo para el uso ese día. Llama la atención que Ezequiel no detallara la purificación del sacerdote, un requisito que se recalca en gran manera en la ley mosaica (vea Éxodo 29; Levítico 8).

Versículos 23–24. Los sacerdotes de linaje de Sadoc habían de seguir este ritual todos los días, de otro modo el altar no era purificado. Después que estos dos animales fueron sacrificados, los sacerdotes entonces ofrecerían **un becerro de la vacada y un carnero, ambos sin defecto, en holocausto**. Un holocausto consumía el animal en su totalidad. Así, a diferencia de las ofrendas por el pecado y las transgresiones (de las cuales el sacerdote recibía una porción), y de las ofrendas de paz (de las cuales tanto el sacerdote como el que ofrecía, recibían una porción), este animal entero era dado a Dios. El arrojar **sal** (vers.º 24) no es exclusivo de las leyes de sacrificio de animales. También se mencionó en relación con las ofrendas de grano en Levítico 2.13.

Versículos 25–26. La purificación inicial del altar tomaría **siete días** (vers.º 25). No seguir este procedimiento impediría que el altar fuera purificado y consagrado (vers.º 26; vea Éxodo 29.37).

Versículo 27. Después de siete días de purificación, el altar podía entonces ser usado para sacrificios de toda clase. El pueblo había de hacer **holocaustos** (que habían de expiar por el pecado en general) y **ofrendas de paz** (que incluían las ofrendas votivas, voluntarias y de acción de gracias). Como se hizo notar arriba, las ofrendas de paz eran las únicas de las cuales el adorador recibía una porción del sacrificio. Las tres ofrendas por el pecado (holocaustos, ofrendas por el pecado y ofrendas por las transgresiones) no brindaban porción al que hacía la ofrenda. Este no había de beneficiarse en modo alguno de su propio pecado.

APLICACIÓN

La santidad y las expectativas de Dios

Si Dios no hubiera considerado santo el templo, Él no hubiera habitado allí. Lo mismo se puede decir de nuestros cuerpos (1ª Corintios 6.19–20) y de la iglesia (1ª Corintios 3.16).

Los juicios de Dios pueden parecer severos, pero ellos contribuyen a un propósito esencial: que Dios pueda dar completa salvación. El regreso de Dios al templo muestra Su verdadera intención.

Dios prometió morar con el pueblo «para siempre» (vers.º 7). No obstante, esta promesa estaba condicionada a que ellos cumplieran Sus requisitos. En la eternidad, «los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio» serán «excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder» (2ª Tesalonicenses 1.8–9).

Dios desea que los Suyos «midan el diseño» del nuevo templo (vers.º 10). La palabra «diseño» puede

significar «modelo». Dios siempre ha tenido un santo plan que Su pueblo ha de seguir, y lo mismo se puede decir del nuevo pacto. El evangelio de Cristo (dado por el Señor y los apóstoles) brinda el plan, el modelo o la forma que el pueblo de Dios ha de seguir hoy. Pablo escribió: «Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste, en la fe y amor que es en Cristo Jesús» (2ª Timoteo 1.13; vea Romanos 6.17).

También esperaba que el pueblo acatara «todas sus descripciones, y todas sus configuraciones» (vers.º 11). Jesús desea hoy día que nosotros obedezcamos todas las leyes de Dios (Mateo 23.23).

Los israelitas habían de obedecer «la ley de la casa» (vers.º 12). Pablo dijo que la iglesia es «la casa de Dios» (1ª Timoteo 3.15). Es Su casa, por lo tanto, Sus leyes deben obedecerse. Primera de Timoteo da testimonio de «las leyes de la casa» de Dios, que incluye insistir en los requisitos apropiados para los ancianos y los diáconos, así como el silencio de las mujeres en las asambleas públicas.

Denny Petrillo

Cuando Dios llena Su casa

El hecho de volver el Señor a Su templo tuvo gran significación en el mensaje de Ezequiel. Brindaba esperanza y seguridad de que Dios cumpliría Sus promesas y moraría con Su pueblo. Este tema progresivo se observa en todas las Escrituras.

El templo de Salomón. Una vez que el arca del pacto se colocó en el santuario interno del templo, la presencia de Dios (en la apariencia de una nube), «llenó la casa de Jehová» (1º Reyes 8.10–11; vea 2º Crónicas 5.14). Salomón declaró al Señor: «Yo he edificado casa por morada para ti, sitio en que tú habites para siempre» (1º Reyes 8.13).

El templo de Ezequiel. Ezequiel fue llevado en visión a contemplar otro evento espectacular. Con un sonido como de aguas que retumban, y con la tierra reflejando Su gloria, el Señor volvió al templo y «llenó la casa» (43.2, 4). Esta vez, Dios reinstuyó Su presencia y declaró: «... habitaré entre los hijos de Israel para siempre» (vers.º 7).

El día de Pentecostés. De un modo parecido, cuando Dios instituyó la iglesia, Él envió al Espíritu Santo como un viento recio que sonaba y que «llenó toda la casa» (Hechos 2.2). Este fue el comienzo de un nuevo orden, cuando el Espíritu de Dios llenaría a Su pueblo (Romanos 8.11; 2ª Timoteo 1.14), que es Su templo (1ª Corintios 3.16) y Su real sacerdocio (1ª Pedro 2.9). Este nuevo templo no estaría hecho de piedra, sino de

gente. Se produjo un cambio cuando la presencia de Dios dejó de estar en un edificio, para estar en la vida individual de Sus seguidores.

El nuevo cielo y la nueva tierra. En Apocalipsis, las imágenes del templo cambian una vez más. Según la visión de Juan, en un nuevo cielo y una nueva tierra, «Dios mismo estará» con Su pueblo (Apocalipsis 21.3). No habrá templo en la nueva Jerusalén, «porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero» (vers.º 22).

Como seguidores de Dios que somos, tenemos una promesa y una esperanza de una relación eterna con Él. Después del arrepentimiento y del bautismo, uno recibe perdón de pecados y el don del Espíritu Santo (Hechos 2.38). ¡Qué maravilloso es tener la certeza de nuestro Creador en el sentido de que Él morará con nosotros para siempre! Así como las imágenes de Dios que vuelve al templo dieron esperanza a los lectores de Ezequiel, nosotros tenemos la esperanza de estar con Dios en el cielo y de una relación personal con Él por la morada de Su Santo Espíritu.

Timothy Paul Westbrook

El trono de Dios en el templo de Dios

En tiempos antiguos, Dios residía en Jerusalén, por encima del arca del pacto. Él había escogido a Jerusalén como Su morada. No obstante, debido a los pecados del pueblo, Él retiró Su presencia. Jerusalén cayó, y los babilonios profanaron el templo. Ahora a Ezequiel se le daba la mejor de todas las noticias, las noticias en el sentido de que Dios volvería y una vez más haría Su trono en Su templo. ¿Qué significado tendría para Su pueblo el trono de Dios, Su presencia, en el templo?

Su pueblo tendría gloria divina en medio de ellos. Cuando Jerusalén cayó, la gloria de Dios partió del templo. Los judíos no podían imaginarse tragedia más grande que esta pérdida. A Ezequiel se le dieron las buenas nuevas en el sentido de que Su gloria estaba volviendo al nuevo templo. Ezequiel dijo: «Me llevó luego a la puerta, a la puerta que mira hacia el oriente; y he aquí la gloria del Dios de Israel, que venía del oriente; y su sonido era como el sonido de muchas aguas, y la tierra resplandecía a causa de su gloria» (43.1–2). Los que andan con Dios están rodeados de Su gloria. Su gloriosa existencia se extiende como una sombra sobre sus vidas.

Se les recordaría mediante Su presencia, de la pureza que debía caracterizar a Su pueblo. Dios es un Dios justo, y Su trono es un trono justo. A Ezequiel se le dijo: «... y nunca más profanará la casa de Israel mi santo nombre, ni ellos ni sus reyes, con sus

fornicaciones, ni con los cuerpos muertos de sus reyes en sus lugares altos. Porque poniendo ellos su umbral junto a mi umbral, y su contrafuerte junto a mi contrafuerte, mediando sólo una pared entre mí y ellos... » (vers.ºs 7–8). Dios ha dicho a Su pueblo de todas las eras: Sed santos, «porque yo soy santo» (Levítico 11.44).

Se les recordaría también que su andar con Dios se basaba en la justicia. A Ezequiel se le dijo:

Tú, hijo de hombre, muestra a la casa de Israel esta casa, y avergüencense de sus pecados; y midan el diseño de ella. Y si se avergonzaren de todo lo que han hecho, hazles entender el diseño de la casa, su disposición, sus salidas y sus entradas, y todas sus formas, y todas sus descripciones, y todas sus configuraciones, y todas sus leyes; y descríbelo delante de sus ojos, para que guarden toda su forma y todas sus reglas, y las pongan por obra (vers.ºs 10–11).

El templo había sido destruido en el pasado por causa del pecado del pueblo de Dios. A Ezequiel se le dijo que describiera el templo a ellos de modo que entendieran que había de ser un lugar de obediencia y verdad. Habían de andar con Dios mediante el carácter justo de una vida obediente.

Su trono en el templo representaba vívidamente que Dios estaría en medio de Su pueblo y cerca de este. Ellos podrían acercarse y adorarlo. A Ezequiel se le dijo: «Hijo de hombre, este es el lugar de mi trono, el lugar donde posaré las plantas de mis pies, en el cual habitaré entre los hijos de Israel para siempre» (vers.º 7). Dios fijaría Su residencia en Su templo una vez más. Sería la sede de Su trono y el lugar donde las plantas de Sus pies se posarían. Siempre y cuando Israel le fuera fiel, Él moraría con ellos.

Dios estaría en medio de ellos cuando ellos se ocuparan de la adoración y la alabanza. Dios dio instrucciones sobre cómo debía dársele culto. «Cuando acabes de expiar, ofrecerás un becerro de la vacada sin defecto, y un carnero sin tacha de la manada; y los ofrecerás delante de Jehová, y los sacerdotes echarán sal sobre ellos, y los ofrecerán en holocausto a Jehová» (vers.ºs 23–24). En la adoración que ellos ofrecían, estaban poniéndose delante de Dios.

No hay nada que se compare con la presencia de Dios. Con Él, tenemos todo: paz, protección y poder. Sin Él, no tenemos nada. Dios estaría en medio de Su pueblo. Ellos conocerían Su gloria; se les recordaría continuamente de Su pureza y justicia. Dios estaría cerca de ellos, y ellos tendrían amplias oportunidades para adorarlo y alabarle.

Eddie Cloer